

rruecas», después de comentar la trama de la gran obra de Cervantes: «Lo que hay debajo de esta apariencia es... un conjunto de materias profundas e importantes».

En Sancho se ha querido ver la figura del materialismo, y éste ha sido el fondo en que modernamente se ha enmarcado al genial servidor de Don Quijote. Sus refranes han sido, sin duda, la básica piedra de la tesis señalada. Sin embargo, Sancho no es propiamente el prototipo del materialismo, como lo fuese Celestina; Sancho encierra exteriormente su espíritu y su razón con la vulgar filosofía de sus refranes. Hay, pues, cierto materialismo en su figura; pero un materialismo sólo superficial que remata y caracteriza externamente su propio ser, pero que no lo anega ni lo obscurece, porque no le es natural ni único.

Tras sus refranes, que exteriormente representan el realismo y la materialidad, se halla una espiritualidad más grande si cabe que en la propia existencia de Don Quijote. Esa misma espiritualidad es el alma del refrán; ella misma es la nota más real de la figura de Sancho. Por tanto, su materialismo es un materialismo espiritualista, ideal...

Sancho tocó lo da por el ideal, aunque no se haya visto aún esto con la claridad debida; sólo por la ideal promesa de un loco, se ve envuelto en las aventuras de éste. Cuando Sancho habla, no lo hace por obtener esos fines materiales que ambicionase Celestina; habla para convencer de su locura a un loco; habla por conseguir un fin más noble, un fin que bien pudiéramos llamar completamente espiritualista. Un espiritualismo sin alucinación, sin desvarío. Sin desvarío... hasta el último momento; hasta el triste momento de la muerte del permutado Alonso Quijano, cuando en las puertas de ésta, dice: «Es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna. Y si como estando yo loco fué parte para darle el gobierno de la Insula, pudiera agora estando cuerdo darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece...»

Entonces es cuando flota en el ambiente el espiritualismo y la sublimidad de Sancho, en su respuesta: «Ay—respondió—, no se me muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir...; si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante, le derribaron».

Hasta tal extremo llega Sancho; hasta cargar sobre sí la melancolía de su señor. Espiritualismo, bondad, sublimidad...